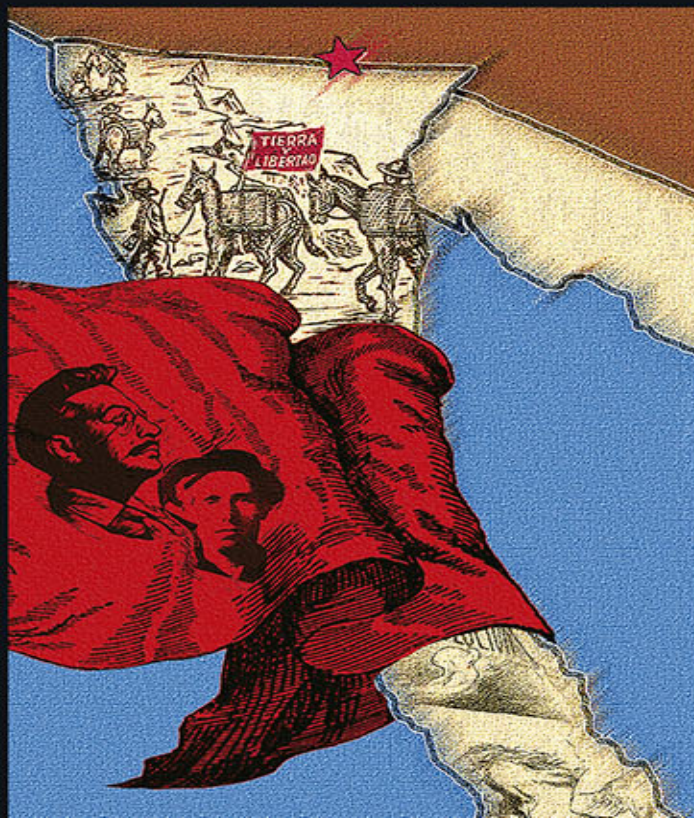




# Los salvajes de la bandera roja

La revolución floresmagonista de 1911  
en Baja California y sus consecuencias

**GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ**



GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ (Mexicali, Baja California, 1958) es poeta, ensayista, cronista y narrador. Ha sido profesor de literatura y cultura fronteriza en la Universidad Autónoma de Baja California y coordinador editorial de la misma universidad. Además, es investigador de la literatura y el periodismo bajacalifornianos, el cine fronterizo y la historia de la ciencia ficción en México.

SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

---

LOS SALVAJES DE LA BANDERA ROJA

GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

# Los salvajes de la bandera roja

*La revolución floresmagonista  
de 1911 en Baja California y sus  
consecuencias*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2022  
[Primera edición en libro electrónico, 2022]

D. R. © 2022, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México



[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)  
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

**ISBN** 978-607-16-7526-2 (ePub)  
**ISBN** (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

## ÍNDICE

### *Introducción. Una utopía llamada Tierra y Libertad*

- I. Baja California: el porfiriato como edad de oro
- II. La revolución que llegó del otro lado
- III. Los revolucionarios y los contrarrevolucionarios:  
¿quiénes eran?
- IV. Esteban Cantú: porfirista, huertista y filibustero
- V. La revolución tardía: 1911-1937
- VI. La revolución traicionada, vilipendiada, tergiversada
- VII. Lecciones para la historia y el público en general
- VIII. La mano que mece la cuna y el periodista a sueldo
- IX. La canción de Joe Hill y la revolución floresmagonista de  
1911
- X. Ricardo Flores Magón y los salvajes de la bandera roja

### *Bibliografía básica*

Ir a Baja California no era participar únicamente en una campaña militar, sino fundar una obra de reconstrucción social. Allí se iba a empezar una nueva vida; tomar las tierras, poblar, no son actitudes pasajeras, sino de arraigamiento. Baja California es la utopía de Flores Magón.

EDUARDO BLANQUEL, 1985

Somos la plebe; pero no la plebe de los faraones, mustia y doliente; ni la plebe de los césares, abyecta y servil; ni la plebe que bate palmas al paso de Porfirio Díaz. Somos la plebe rebelde al yugo; somos la plebe de Espartaco, la plebe que con Munzer proclama la igualdad, la plebe que con Camilo Desmoulins aplasta la Bastilla, la plebe que con Hidalgo incendia Granaditas, somos la plebe que con Juárez sostiene la Reforma. Somos la plebe que despierta en medio de la francachela de los hartos y arroja a los cuatro vientos esta frase formidable: "Todos tenemos derecho a ser libres y felices". Los revolucionarios vamos hacia adelante. El abismo no nos detiene: el agua es más bella despeñándose. Si morimos, moriremos como soles: despidiendo luz.

RICARDO FLORES MAGÓN, *Regeneración*,  
10 de octubre de 1910

Nosotros llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones.

BUENAVENTURA DURRUTI

Yo soy un ciudadano del mundo. Mi lugar de nacimiento es el planeta Tierra.

JOE HILL

¡Mueran los magonistas!  
¡Viva el gobierno legítimo!  
¡Viva Porfirio Díaz!

Un defensor de la integridad nacional según  
RÓMULO VELASCO CEBALLOS

## INTRODUCCIÓN

### *Una utopía llamada Tierra y Libertad*

EN UN mundo de conflictos sin solución y de catástrofes interminables, en un país que conmemora el bicentenario del comienzo de la Revolución mexicana como un *rally* de preparatoria, en una nación que prefiere jugar *Mafia Wars* a enfrentar la guerra contra el narcotráfico como una causa perdida desde sus inicios, ¿qué podemos celebrar de ser mexicanos, de formar parte de una patria como la nuestra, una que recuerda sus colores tricolores cada cuatro años y alrededor de un balón de fútbol?

Podemos celebrar los cambios, por pocos e insuficientes que hayan sido, que aquellos sucesos trajeron al país. Un ejemplo: en Baja California, la mayoría de sus habitantes, “gente de razón” y frailes dominicos, puso el grito en el cielo cuando se enteró de la independencia de México y supo de las nuevas leyes: los indios ya no podían ser esclavizados o reprendidos a latigazos; ahora todos, plebes y pudientes, eran ciudadanos con los mismos derechos y obligaciones. Ante tal libertinaje, los bajacalifornianos de 1822 escribieron cartas de protesta aduciendo que, si liberaban a “sus indios”, ¿quién iba a trabajar la tierra y atender sus santas necesidades? Cambios hubo. Pocos y de mala gana, pero hubo.

El México independiente del siglo XIX es un país en caos, desgarrado por las luchas de facciones, el carnaval de los dictadores de relumbrón y los devaneos de una parte de la sociedad nacional que quería salir en la revista *Hola* junto a Maximiliano y Carlota. Eran y siguen siendo los sueños

guajiros de nuestra aristocracia pueblerina. Por el otro extremo, los liberales nos dieron una constitución de primera y una dictadura de segunda, interesada, sobre todo, en hacer prosperar el país con inversionistas extranjeros y franquicias europeas.

Cuando llega la Revolución, entre 1910 y 1911, llega como una sorpresa para demasiada gente. Si uno busca textos premonitorios, análisis de lo que estaba por ocurrir, no los encuentra. Hay quejas y críticas, pero pocos intelectuales ven venir la bola (la explosión social de un pueblo harto de ser tratado como niño), ese cataclismo que disloca toda la estructura política y social, esa guerra civil que termina por incendiar el país por toda una década. Hablo aquí de la Revolución tanto en su ala moderada (el maderismo) como en su ala radical (el magonismo).

Y, sin embargo, la Independencia y la Revolución, como Galileo lo dijera en un contexto distinto, se mueven, siguen siendo acontecimientos torales para explicarnos lo que somos, lo que nos falta por ser, las promesas incumplidas y las quimeras que no se han vuelto realidad. En 2021 celebramos dos terremotos que trastocaron el eje político y social del país y que nos cambiaron la forma de vernos a nosotros mismos y a nuestras instituciones. A pesar de todas las traiciones posteriores, estos dos movimientos nos desgarraron de tal manera que nunca volvimos a ser iguales. Gracias a la independencia ya no nos vimos como españoles de tercera sino como mexicanos: simple y llanamente. Y gracias a la Revolución supimos que ningún gobierno dura para siempre, que un dictador vive mientras el pueblo quiera (o mientras haya suficiente pan, circo y televisión para hacer olvidar sus carencias ciudadanas).

Pienso que, desde el México independiente hasta nuestros días, somos un país a medio hacer, una nación de retazos (ideológicos, religiosos, políticos) cosidos sin ton ni son; un monstruo, como el del doctor Frankenstein, que

cada 100 años se levanta, por la fuerza dolorosa de las descargas eléctricas, y pregunta a los aterrados ciudadanos:

—¿Quién soy yo? ¿Qué hago aquí? ¿Quién me hizo como soy?

Sólo hay que tener presente una cosa: estas preguntas siguen acosándonos aún hoy en día. Son una declaración en el sentido de que somos un país hecho con pedazos de diferentes orígenes, con piezas de distintas ideologías, más contrapuestas que complementarias. Tal es el rasgo que, paradójica de paradójicas, une a los independentistas de 1810, a los revolucionarios de 1910 y a los mexicanos del siglo XXI. Su orgullosa diferencia. Su impetuosa solidaridad. Sus relatos antagónicos.

Por eso pienso que las gestas de la Independencia y de la Revolución pueden ser contadas de diferente manera desde la periferia de la patria, desde la frontera norte de México, desde el septentrión bajacaliforniano. Veamos esta narrativa histórica no desde una visión centralista sino desde el extremo fronterizo, allí donde el relato oficial cambia de signos, allí donde el discurso de lo marginal se vuelve esencial para comprender quiénes fuimos en 1810 y 1910, es decir, para entender realmente quiénes somos ahora, en este tiempo de cambios y transformaciones. Y el mejor ejemplo para elucidar cómo una revolución es manipulada por sus enemigos, cómo es tergiversada para que los revolucionarios aparezcan como villanos y los villanos como héroes, lo podemos encontrar en la revolución anarcosindicalista de los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón.

Una revolución poco mencionada en los libros de historia porque no encaja en la versión oficial de la Revolución mexicana, para la cual los años de 1910 a 1911 todo levantamiento armado es maderista o termina uniéndose a este movimiento. Sólo que hubo una excepción: la del Partido Liberal Mexicano y su campaña revolucionaria en

Baja California; alzamiento armado que tuvo una importancia vital para descarrilar el régimen del general Porfirio Díaz y que convalidó la tesis de los floresmagonistas: cambiar a un dictador por otro amo no implicaba que el porfirismo hubiera concluido. Al contrario, como el propio Francisco I. Madero lo sufriría en carne propia y lo pagaría con su vida, el sistema (la mentalidad autoritaria porfirista) campeaba en muchos estratos de la sociedad mexicana.

Y lo que pasó en Baja California entre 1911 y 1937 lo confirma con creces. La Revolución mexicana triunfa de fachada, de dientes para afuera, en muchas partes del país, pero las riendas del poder siguen en manos de los viejos porfiristas. Baja California lo demuestra con los gobiernos que hay de 1911 a 1920, especialmente con el del coronel Esteban Cantú (1914-1920), que gobierna al margen de los postulados de la Revolución mexicana y que, cuando finalmente huye a los Estados Unidos, las tropas revolucionarias que llegan al Distrito Norte de la Baja California descubren que calles y avenidas, plazas y escuelas todavía llevan el nombre de Porfirio Díaz, como si el Distrito Norte fuera una zona del país donde la dictadura del general siguiera viva y en el poder.

En realidad eso fue exactamente lo que sucedió en Baja California en 1911 y eso es lo que este libro plantea, analiza y critica. Una historia de la revolución más radical que hubo en México (la anarcosindicalista) y de sus consecuencias inmediatas: la campaña de descrédito contra estos revolucionarios y la contrarrevolución conservadora que mantuvieron, en la entidad y por varias décadas, militares como Celso Vega y Esteban Cantú, así como intelectuales porfiristas como Rómulo Velasco Ceballos y Enrique Aldrete.

Este libro sólo quiere devolver a su lugar, en la historia nacional y regional, a los revolucionarios floresmagonistas, tanto nativos como extranjeros, tanto mexicanos como estadounidenses, italianos, alemanes, canadienses,

británicos y afroamericanos, que murieron por liberar a México de una dictadura a perpetuidad y que obtuvieron como recompensa una tumba anónima, una fosa colectiva en las tierras fronterizas de Baja California.

Es hora ya de darles el respeto que merecen a estos hombres y mujeres que, viniendo de todas partes del mundo, se solidarizaron con nosotros, los mexicanos, y pelearon por un México libre, justo, fraterno, por una utopía llamada Tierra y Libertad.

Es tiempo de preguntarnos: ¿Hubo Revolución mexicana en Baja California?

Y es momento de contestar: Sí, la hubo.

Se llamó revolución floresmagonista de 1911.

Se llamó movimiento anarcosindicalista de 1911.

Y ésta es su historia.

GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

*Mexicali, ciudad capital de Baja California*

*28 de septiembre de 2010-29 de enero de 2020*

## I. BAJA CALIFORNIA: EL PORFIRIATO COMO EDAD DE ORO

EN 1848, A CAUSA del *destino manifiesto* de los Estados Unidos de América (en su expansionismo galopante) y de la ineptitud del gobierno del general Antonio López de Santa Anna, México pierde la mitad de su territorio a manos del país vecino. Para los habitantes de la zona norte de la Baja California, que se han salvado casi fortuitamente de ser parte del botín de guerra estadounidense, la situación a la que se enfrentan cambia sus expectativas de vida de una forma nunca antes vista. La presencia de los estadounidenses, primero como simples ciudadanos y viajeros, más tarde como comerciantes, mineros y agricultores, nos convertirá en una sociedad de frontera con la cultura anglosajona y el modo de vida estadounidense. Los pueblos del norte bajacaliforniano nacen, pues, por gracia del comercio, las comunicaciones o la explotación industrial de las riquezas mineras. Sin memoria del pasado colonial, su sino es el futuro, la esperanza ávida de fortuna, el empeñoso espejismo del trabajo arduo en un territorio hostil, inhóspito, que no ofrece nada gratis.

De ahí surgen los poblados. De ahí y de la presencia estadounidense que se cuele por todas partes, que toma posesión de tierras, contratos, poderes. Las fechas no mienten: Ensenada es fundada oficialmente en 1882, Tijuana en 1889, Tecate en 1892 y Mexicali en 1903. El auge de la agricultura tecnificada, de la minería y las actividades turísticas y recreativas apuntalan una sociedad de frontera que vive a expensas de los Estados Unidos. Y más si a los vecinos se les suman los migrantes extranjeros que llegan a

trabajar para las empresas estadounidenses; es decir, la aparición multitudinaria de chinos, japoneses, indios y rusos en la costa del Pacífico y en la zona desértica del entonces Distrito Norte de la Baja California da pie a una sociedad multiétnica y multicultural. El centro de la actividad comercial e industrial se localiza en el puerto de Ensenada, en la costa del Pacífico. La división territorial quedó establecida, por decreto del presidente José Joaquín de Herrera, el 12 de abril de 1849: el territorio de Baja California quedó dividido en dos partidos: Norte y Sur. Para el 1º de enero de 1888, el Partido Norte de la Baja California pasa a ser Distrito Norte, con capital en Ensenada.

El porfiriato, su ideología, su forma de vida, se hallan en perfecta consonancia con una sociedad como la bajacaliforniana a principios del siglo xx, donde un núcleo de comerciantes y profesionistas que prestan sus servicios a las compañías extranjeras están imbuidos en la fe del progreso constante y redentor. Las loas a todo adelanto tecnológico y al proceso modernizador en su conjunto nos hablan de una creencia común de que esa vía —la empresarial, la del capital extranjero— es la senda correcta para alcanzar una posición de respeto en el mundo de su tiempo. Por eso los bajacalifornianos critican cualquier mención de adaptarse al medio y manifiestan que es el medio el que debe adaptarse a sus ambiciones, pues el fin último de los recursos naturales peninsulares es su explotación comercial y su vinculación con los mercados mundiales. Y aquí su discurso modernizador se detiene. El cómo repartir esa riqueza queda fuera de toda discusión pública.

Para la sociedad bajacaliforniana de 1910, forjada a sí misma en la ardua lucha ante una naturaleza por demás inhóspita, no es de extrañar que la meritocracia y su visión individualista (siguiendo el modelo anglosajón de que cada quien obtiene según su esfuerzo y dedicación) funcionen de

maravilla en poblados fronterizos de escasos habitantes, donde los extranjeros no deseables (los deseables eran los europeos y los estadounidenses), como los chinos y los indios nativos, quedan fuera de tal convenio social. Por eso mismo, la clase pudiente y gobernante de la entidad considera el ideal democrático, ya sea el reformista abanderado por el maderismo como el radical pregonado por el Partido Liberal Mexicano de los hermanos Flores Magón, como una simple teoría que aún no puede ponerse en práctica en el país hasta que no se haya disciplinado al pueblo raso, pues esta clase privilegiada cree que implementando la democracia precozmente el pueblo mismo acabe, horror de horrores, exigiendo sus derechos o alterando con sus protestas el orden público reinante. Y esta conducta social, para los bajacalifornianos aliados a la dictadura prevaleciente, es un acto social inadmisibles, un crimen que debe ser castigado con extrema severidad para que no rompa la paz del régimen al que tan acostumbrados están y del que son sus más fieles garantes en la frontera norte. Pero la paz porfirista y los ideales de progreso basados en el capital extranjero (compañías mineras y colonizadoras) van a estrellarse con los cambios políticos y sociales que traen consigo las fraudulentas elecciones de 1910, así como los movimientos revolucionarios que se extienden por todo el país.

Contemplemos con cuidado al Distrito Norte de la Baja California y a su capital, el puerto de Ensenada, que ya para entonces tiene una población de 2 000 habitantes, la mayoría de los cuales disfruta la dictadura, pues las castas militar y empresarial han encontrado que pueden permitirse hacer negocios, legales e ilegales, para beneficio de comerciantes, oficiales del ejército, empleados del gobierno y representantes de las empresas extranjeras por igual. Se vive la dictadura sin meterse en política: cada quien para sus ganancias, cada uno para su siguiente negocio.

Los bajacalifornianos que cuentan, los que orgullosamente se autodenominan como “gente de razón”, comienzan a ver con preocupación que el país entero se estremece ante los hechos revolucionarios de los “bandidos maderistas”, ante un pueblo de “léperos” y “ladrones” que asalta la sacrosanta paz porfirista. El 5 de diciembre de 1910 el ayuntamiento de Ensenada publica en su *Periódico Oficial* dos importantes acuerdos. Manuel Labastida, presidente municipal, así como los regidores Carlos Ptacnik, Maximiliano Caballero, Gabriel Victoria, David Goldbaum, Hilario Navarro, Enrique B. Cota y Enrique Aldrete manifiestan su adhesión al régimen porfirista y así difunden, a todo México y para que no queden dudas, que son mexicanos leales al gobierno:

Primero: En nombre del pueblo del Distrito Norte de la Baja California se protesta enérgicamente contra los desmanes cometidos en algunos lugares del país por los agitadores antirreeleccionistas que han pretendido, por medio de la violencia, derrocar al gobierno de la república constituido legítimamente. Segundo: Se envía voto de confianza al presidente, general Porfirio Díaz, y al vicepresidente, Ramón Corral.

Es la solidaridad de unos ciudadanos mexicanos que apuestan sus fortunas a la preservación del *statu quo* ante un futuro cargado de zozobras. Pero el problema principal para estos bajacalifornianos tan lejos de Dios y tan cerca de los negocios de gringos, franceses y británicos, de los que muchos son socios o representantes, es que la principal amenaza para la estabilidad del Distrito Norte de la Baja California no son los maderistas antirreeleccionistas, sino las ideas revolucionarias que están filtrándose bajo sus narices. Una hoja periodística titulada *Regeneración* se cuela por ranchos y poblados llevando mensajes de protesta y de rebelión contra los ricos, contra las empresas extranjeras, contra el ejército porfirista y contra el mismísimo Díaz. Mientras los ensenadenses ven pasar desfiles militares o bailan en el teatro Centenario y brindan a la salud del viejo

dictador, obreros, mineros, campesinos, indios y pequeños comerciantes leen la otra cara de la propaganda oficial. Ellos saben mejor que los tiempos que se avecinan son de guerra por la libertad, de lucha por sus derechos hasta ahora negados.

Pero este movimiento no lo encabezan los maderistas, que políticamente son moderados y reformistas, sino un grupo revolucionario dirigido por Ricardo Flores Magón. Ricardo, nacido en 1873 en Oaxaca, había luchado desde 1900, junto con su hermano Enrique y muchos otros liberales, para derribar la dictadura porfirista; primero lo hizo a través de la prensa con dos periódicos críticos al régimen: *Regeneración* y *El hijo del Ahuizote*, y luego por medio de la acción política.

La reacción de la dictadura los lleva a la cárcel. En 1904, acosados por todas partes, huyen a los Estados Unidos. Escapan de México para seguir combatiendo la tiranía, pensando que allá estarán a salvo de los ataques del porfirismo. Pero ésa es una ilusión. En 1905 fundan el Partido Liberal Mexicano (PLM) y vuelven a publicar *Regeneración*. En ese tiempo, elementos pagados por la dictadura someten a Ricardo Flores Magón y a los integrantes del PLM a espionaje, allanamiento de sus casas y oficinas, destrucción de sus imprentas y publicaciones, secuestros e intentos de asesinato, calumnias y campañas de desprestigio (llamarlos filibusteros o vendepatrias es una de las tantas mentiras que se les imputan); también compran testigos para que declaren en contra de los revolucionarios en las cortes estadounidenses y así poder extraditarlos a México.

Todas estas sucias maniobras son motivadas porque don Porfirio Díaz y su régimen reconocen el peligro que significa para ellos la figura de Ricardo Flores Magón. Ricardo es peligroso porque es un hombre capaz de sumar a su causa de liberación a grandes sectores de inconformes en nuestro

país, a mexicano-estadunidenses en la nación vecina y a extranjeros de todas partes del mundo que, en conjunto, constituyen una fuerza revolucionaria formidable, de primer orden, capaz de hacer caer la dictadura porfirista. Ésa es, para un líder como él, que vive en la pobreza y cuya única arma es su pluma, una hazaña mayor.

En la historia oficial a Ricardo Flores Magón siempre se le considera precursor de la Revolución mexicana. Pero fue mucho más que eso. Desde 1906 hasta su muerte en 1922, fue la conciencia social del movimiento armado. Decirle precursor es olvidar que los revolucionarios floresmagonistas estuvieron activos, entre 1910 y 1916, a lo largo y ancho del país. Hubo levantamientos armados que siguieron sus doctrinas anarcosindicalistas en Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Baja California, Veracruz, Jalisco, Colima, Oaxaca, Guerrero, Coahuila, Morelos, Yucatán, Zacatecas y muchos otros estados. Entre diciembre de 1910 y mayo de 1911 Ricardo Flores Magón fue, junto con Francisco I. Madero y Pascual Orozco, uno de los jefes revolucionarios más reconocidos, uno de los símbolos de la Revolución mexicana en su lucha contra la dictadura porfirista. Si el movimiento floresmagonista decae es porque hay otras opciones regionales más preparadas para la confrontación armada y más ambiciosas en su deseo de poder político: villistas, constitucionalistas, carrancistas u obregonistas. Y porque don Ricardo nunca quiso ser visto como un jefe sino como un hermano más en “la lucha santa por la redención de la patria”.

Pero volviendo a 1910, cuando el puerto de Ensenada festeja el centenario de la Independencia de México, la sede de la junta organizadora del PLM se ubica en la cercana ciudad de Los Ángeles, California. Este partido anarcosindicalista no pretende una revolución reformista al estilo Madero sino una revolución verdaderamente radical, que derroque a Díaz, sí, pero que también cambie de raíz

toda la estructura del Estado porfirista. Para llevarla a cabo, además de publicar su periódico *Regeneración* en edición bilingüe (con una sección en español para los mexicanos que residen en ambos lados de la línea internacional, y una en inglés dirigida a los compañeros sindicalistas, los Wobblies, los miembros de la Industrial Workers of the World, y que es dirigida por Ethel Duffy), los floresmagonistas deciden lanzarse a liberar a México de la dictadura y, por su cercanía con Los Ángeles, uno de los sitios elegidos para tal levantamiento (el otro es Chihuahua) es el Distrito Norte de la Baja California.

Otra ventaja estratégica es que el aislamiento peninsular y las pocas tropas presentes no son una barrera para que cientos de voluntarios anarcosindicalistas capturen la zona con facilidad. Y es que Baja California es un territorio ganado por los inversionistas extranjeros y donde los mexicanos son una minoría sin poderes reales que debe conformarse con los trabajos menos remunerados y las tierras más miserables. Como un atento espectador de la vida social y política del país, como un crítico tenaz del gobierno de Díaz, Ricardo Flores Magón, mexicano ejemplar, tuvo que pelear desde dos frentes: el periodismo independiente y la subversión revolucionaria. En septiembre de 1905, ya en los Estados Unidos, al fundar el PLM, cuyo objetivo fundamental es luchar por la caída del régimen porfirista, en *Regeneración* exhorta a los mexicanos:

inmensos son vuestros infortunios, tremendas vuestras miserias, y muchos y terribles los ultrajes que han humillado vuestra frente en seis amargos lustros de despotismo. Pero sois patriotas, sois honrados y nobles, y no permitiréis que eternamente prevalezca el crimen. El Partido Liberal os llama. Responded al llamamiento, agrupaos bajo el estandarte de la justicia y del derecho, y de nuestros esfuerzos y de nuestro empuje surja augusta la patria, para siempre redimida y libre.<sup>1</sup>

Miembros del PLM intervienen en los actos de subversión y de protesta que se realizan desde entonces en todo el

país; las huelgas de Cananea y Río Blanco en 1906 y la insurrección nacional de 1908 son sólo las actividades más conocidas. En 1907 Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivera, Anselmo Figueroa y muchos otros floresmagonistas se instalan en Los Ángeles y ahí establecen su centro de mando para el futuro derrocamiento del dictador Díaz. A ellos se unen los sindicalistas de la IWW (Industrial Workers of the World), cuyo ideario coincide con el del PLM: la liberación de la humanidad de sus cadenas de esclavitud económica, política y social, la reivindicación de las organizaciones obreras y campesinas para el respeto de sus derechos, y la lucha contra el colonialismo y el imperialismo en todas sus formas. Ya Jesús González Monroy, emigrado mexicano en California y miembro de la IWW, recordaba en el Primer Congreso de Historia Regional efectuado en Mexicali en 1956:

Yo, como muchos otros emigrados mexicanos, particularmente los inconformes con la situación política de nuestro país, no podíamos menos que simpatizar con estos elementos, por el hecho de que los IWWs siempre dispensaron fraternal acogida a cuantos necesitaban de su auxilio, contándose entre ellos a numerosos trabajadores mexicanos carentes de oficio y aun del conocimiento del idioma del país. Raro era el pueblo (campo minero, centro agrícola, etc.) donde no se encontraba uno con un local de los IWWs. Allí había, por lo menos, pan, café y hasta un rincón donde pasar la noche para el desgraciado que carecía de todo esto.<sup>2</sup>

De ahí que los floresmagonistas ven a los miembros de esta organización laboral como espíritus solidarios que, en comparación con otros sindicatos, no ponen barreras de idioma, religión, nación o color de piel a la hora de trabajar por una misma causa. Para septiembre de 1910 Ricardo ha decidido que es el momento propicio para levantarse en armas. Dos meses más tarde publica en *Regeneración* que por 34 años los agentes de la dictadura

han robado, han violado, han matado, han enganchado, han traicionado, ocultando sus crímenes bajo el manto de la ley, esquivando el castigo tras la

investidura oficial. ¿Quiénes temen la revolución? Los mismos que la han provocado; los que con su opresión o su explotación sobre las masas populares han hecho que la desesperación se apodere de las víctimas de sus infamias; los que con la injusticia y la rapiña han sublevado las conciencias y han hecho palidecer de indignación a los hombres honrados de la tierra.<sup>3</sup>

Y entonces Ricardo Flores Magón se muestra como todo un profeta revolucionario: “La revolución va a estallar de un momento a otro. Debemos procurar los libertarios que este movimiento tome la connotación que señala la ciencia. De no hacerlo así, la revolución que se levanta no serviría más que para sustituir un presidente por otro, o lo que es lo mismo: un amo por otro amo”.

Aquí vemos ya que, aun antes de que estallara la revolución, don Ricardo no aceptaba el reformismo maderista, que sólo quería una democracia electoral incapaz de cambiar la maquinaria opresora y represora del sistema porfirista. Afirmaba: “Debemos tener presente que ningún gobierno puede decretar la abolición de la miseria. Es el pueblo mismo, son los hambrientos, son los desheredados, los que tienen que abolir la miseria, tomando, en primer lugar, posesión de la tierra que, por derecho natural, no puede ser acaparada por unos cuantos, sino que es la propiedad de todo ser humano”. Y concluía: “No es posible predecir hasta dónde podrá llegar la obra reivindicadora de la próxima revolución”, aunque él estaba seguro de que pronto se escucharían “los primeros disparos, pronto lanzarán el grito de rebeldía los oprimidos”. Y ese grito no era otro que el del Partido Liberal Mexicano: ¡Tierra y Libertad!

Para Ricardo Flores Magón, los mexicanos que no querían la revolución, por la violencia que implicaba, eran unos hipócritas contumaces, pues aceptaban sin chistar la paz de los sepulcros de la dictadura porfirista, tan opresiva y violenta para las clases populares, y se escandalizaban ante las acciones revolucionarias en sus propias ciudades y

poblados. Ricardo los llama timoratos, cómplices por pasividad de los excesos de la dictadura. Y aun cuando reconoce que “nada tiene de agradable el espectáculo que ofrece la guerra”, admite que, ante el estado de cosas del México de 1910, “la guerra es necesaria”. ¿Por qué? Porque la paz porfiriana es “barbarie gubernamental”, es explotación despiadada, es injusta represión. La guerra reanima el espíritu de los miserables, de los explotados, pues ahora todos ellos pueden “levantar el rostro y sentirse libres enfrente de sus amos espantados”.

Para diciembre de 1910 el PLM competía exitosamente, frente a otros grupos revolucionarios, en todo el territorio nacional. En ese mismo mes Fernando Palomares (indio mayo), Pedro Ramírez Caule (indio tarahumara) y Camilo Jiménez (el jefe tribal de los indios cucapás del valle de Mexicali) fueron la vanguardia de la revolución floresmagonista en Baja California. En su *Historia de Baja California* (1956), Pablo L. Martínez asegura que aquélla fue toda una misión de reconocimiento:

Juntos los tres procedieron a hacer la localización de aguajes, ranchos, caminos, lugares de abastecimiento y puntos estratégicos, al mismo tiempo que hacían propaganda entre los indígenas. Mientras esto sucedía, en Los Ángeles se dedicaba a comprar armas viejas John Kenneth Turner, por cuenta de la junta del partido. Logró reunir 60 rifles, entre ellos algunos Springfield que habían pertenecido al ejército americano y que se hallaban en poder de particulares. Estas armas, junto con algunas pistolas y 9 000 paradas de cartucho, fueron enviadas a Holtville, cerca de Calexico, empacadas en cajas que llevaban el rótulo de “Implementos Agrícolas”, dirigidos a un individuo llamado Jim Edwards. Éste las llevó a escondidas inmediatamente a territorio mexicano en un carro tirado por mulas. Allí las recibió Camilo Jiménez y las condujo, en una carreta que le prestó Rodolfo Gallego, a la Laguna Salada, donde las enterró. José María Leyva y Simón Berthold, nombrados jefe y subjefe de la revolución en Baja California, llegaron a la Laguna Salada la noche del 27 de enero de 1911, con un pequeño grupo de hombres desarmados. Desenterraron las armas, las limpiaron y las entregaron al pequeño contingente, hecho lo cual salieron la noche del 28 rumbo a Mexicali, entonces un pequeño poblado fronterizo que no pasaba de 400 habitantes. Aquel ejército estaba compuesto por 14 hombres, todos mexicanos, excepto uno, de nombre John M. Bond, un iww.<sup>4</sup>

Así, el 28 de enero de 1911 Ricardo Flores Magón escribe en *Regeneración*: “Compañeros: despertad, despertad, hermanos desheredados. Vayamos a la revolución, enfrentémonos al despotismo. Compañeros: ¡A conquistar la tierra!” Un día después las primeras fuerzas revolucionarias, que no alcanzan ni la veintena de combatientes, con apenas ocho jinetes y con fusiles viejos, atacan el pueblo fronterizo de Mexicali. La revolución anarcosindicalista, la que tanto soñaran los hermanos Flores Magón, daba comienzo. Pablo L. Martínez describe ese primer estallido revolucionario en el Distrito Norte como una carga de David contra el Goliath porfirista, como un combate breve que toma por sorpresa a las autoridades del poblado. En cierta forma, la revolución floresmagonista se nos presenta, por el escenario desértico, por el pueblo a conquistar, como una película del viejo oeste, como un *western* a la mexicana.

Imaginemos la escena: los revolucionarios llegan al amanecer a Mexicali, que está en completo silencio. Antes de entrar al pueblo se dividen en tres grupos: Jiménez, a caballo, se dirige a la aduana; Ramírez Caule a la casa del subprefecto político, y Palomares a la cárcel, donde se ve obligado a matar al carcelero José Villanueva por haberse negado éste a entregar las llaves de la prisión, y enseguida libera a los presos, entre ellos a dos liberales. Éstos, junto con otros nueve individuos que estaban reclusos, se unen a la revolución.

En esa madrugada mexicalense, en esos minutos de balaceras y confusión, los revolucionarios han cruzado una línea invisible. Se ha derramado la primera sangre en la lucha eterna entre la libertad y la tiranía. Para Baja California y los bajacalifornianos, para los porfiristas y los revoltosos, nada volverá a ser lo mismo. Asustados, sorprendidos, los mexicalenses y sus vecinos, los habitantes de Calexico, salen a la calle para constatar el fin del mundo tal como lo habían conocido hasta entonces. Era un momento histórico, aunque no lo sepan reconocer los

fronterizos, y está representado por indios en armas, mexicanos de mirada fiera y extranjeros harapientos.

La Revolución mexicana está tocando, rugiente y poderosa, a las puertas de sus casas. Para la gente del poder es una catástrofe mayor. Pero para muchos bajacalifornianos, que ya están hartos de la situación reinante, es el fin de la opresión porfirista, el primer paso hacia la justicia y la libertad. Una opción. Una esperanza. Una respuesta estruendosa a sus condiciones de vida y de trabajo.

## II. LA REVOLUCIÓN QUE LLEGÓ DEL OTRO LADO

EN LA madrugada del 29 de enero de 1911 la Revolución mexicana dio comienzo en el Distrito Norte de la Baja California. Esta etapa de la lucha armada, a la que pocos historiadores nacionales han prestado suficiente atención, dio inicio cuando un pequeño grupo de revolucionarios anarcosindicalistas, bajo las órdenes de los hermanos Flores Magón, tomó el poblado de Mexicali, que apenas contaba con algunos centenares de habitantes (de 400 a 500 aproximadamente), la mayoría trabajadores chinos en el valle de Mexicali y bajo contrato de la empresa estadounidense dueña del valle de Mexicali: la Colorado River Land Company. Comandados por José María Leyva y Simón Berthold, ambos revolucionarios mexicanos, estas fuerzas insurgentes tenían como su objetivo tanto la destrucción del régimen dictatorial del general Porfirio Díaz como crear, en esta población situada a 2 500 kilómetros de la capital del país, una república socialista en plena frontera norte de México. Según lo refiere Lowell L. Blaisdell en su libro clásico *La revolución en el desierto* (1993):

Se empezó a preparar una acción sorpresiva a cargo de una fuerza guerrillera. En el lado estadounidense, dos individuos ayudaron a completar los arreglos. Dos mexicanos, José María Leyva y Simón Berthold, veterano magonista que había participado en las luchas de los trabajadores contra Otis en Los Ángeles, se trasladaron al Valle Imperial para encabezar la expedición. Permanecieron unos días en las oficinas de la IWW en Holtville conferenciando con Antonio Fuertes, que estaba en contacto con Jiménez en el lado mexicano, y con Stanley Williams, estadounidense miembro de la IWW, que se había entusiasmado con los inminentes acontecimientos pero que no participó directamente en la toma de Mexicali. Después de que pasaron armas de contrabando por la frontera, Leyva, Berthold y otros seis cruzaron el 27 de enero la línea divisoria, a pocos kilómetros al este de Calexico y